

MINERALOGÍA PARA INTRUSOS

MERCURIO

La ninfa Eco, dicen, fue la primera que ocultó sus veleidades culpables tras esta elusiva artimaña. Seducida por la brutalidad tímida de Hefesto, no le fueron extraños los jadeos satisfechos del dios y se abominó al notar que, al repetirlos, se encrespaban sus senos y el sexo se le turbaba de humedades.

Dejó las cavernas sórdidas, cruzadas de ríos petrificados, con la promesa del silencio. Cuando el vientre comenzó a delatar su arrogancia vencida, llamó a Hefesto y le exigió la tarea. Él, cojeando, trituró piedras entre las manos, observando el residuo diminuto en el tamiz del aire. Bajo el cielo de la cueva encontró una veta rojiza de cinabrio, la golpeó, arrancándole esquirlas y lascas agresivas. Las demolió en las palmas incendiadas y del vapor insoportable brotó una lluvia helada que copió las formas de la ninfa encinta.

A partir de entonces nadie la puede ver, cubierta como está por las olas mímicas del mercurio.

Muy pocos se percatan de que los espejos no son sino la forma corporal del eco y que tras ellos se agazapa la primera infracción de la intimidad.

PSILOMELANA

La psilomelana, dicen los metalurgistas, es de sistema rómbico, jamás se prodiga en cristales y tiene visos dendríticos. Le asignan un sitio desairado al calificarla de criptocristalina y aseverar que da un brillo submetálico.

Admiten, sin embargo, que no comprenden del todo su naturaleza y no hacen mayor elogio que poner de relieve su importancia para la obtención de manganeso.

Sólo la han conocido en toda su potencia arborescente los locos de Dios y las prostitutas que abjuraron. En sus hojas punzantes, híbridas de metal y savia, sorben los primeros la vida ambigua del más allá y las mujeres públicas sienten de nuevo el aire inocente de sus aldeas lejanas.

Fuera de toda descripción está el empuje vegetal que se manifiesta en sus ramajes, tomados de orín y herrumbre, que en el momento del cenit, cuando el sol ciega a los hombres, depositan su simiente infecunda en los surcos fértiles que nada les retribuyen. Noche tras día, madrugada después de crepúsculo, el polen de la psilomelana, luciente y ágil como un árbol, esparce sus tenazas estériles y abre sus alvéolos abortados de metal anhelante.

Se cree que sólo la mandrágola o la yerba de Rufo o las briznas que sueltan los párpados de la esfinge podrían fecundarla, pero las aristas del aire, gazmoñas o envidiosas, no cumplen este oficio magnífico de híbrido atrevimiento.